

Capítulo VI

Encuentro y amistad con el Lic. Luis I. Rodríguez.

Campeonato Estatal de Oratoria y Secretaría de Educación.



Una tarde tranquila de finales de 1968, toqué el portón de una hermosa casona en la Plaza de la Paz 75 (Centro Histórico). Me abrió una empleada y le pregunté si se encontraba el Licenciado Don Luis I. Rodríguez, me dijo que sí, que hacía dos días había llegado de la ciudad de México a pasar unos días en Guanajuato. Me identifiqué con mi nombre diciéndole que era un estudiante de la Facultad de Derecho y un escritor de poesías. Que le preguntara por favor al Lic. si podía recibirme. La señora muy amable y sencilla me hizo pasar al patio interior de la casa cuyo piso era de cantera

verde, frente a una escalinata que subía al segundo piso. Ella subió los escalones y a los cinco minutos regresó por mí para hacerme pasar al salón principal. Con una voz de trueno que retumbaba en el ambiente, llena de vitalidad y de oratoria me extendió las dos manos el Licenciado Luis I. Rodríguez para saludarme. Me dejó impactado.

Me preguntó en qué podía servirme y yo le contesté que lo estaba buscando porque necesitaba un mentor que me diera clases de oratoria porque quería volver a concursar después de mi pasada derrota y que mi padre había muerto y no tenía quien me diera una buena cátedra. Le hablé una media hora sobre mi padre y mi creación poética.

“Por lo que he escuchado de sus primeras palabras y de su exposición para solicitarme ese servicio” – me dijo – “veo que usted maneja con claridad el lenguaje y tiene un buen acento” y lanzó una sonora carcajada para romper el hielo, pues en ese tiempo yo era un joven demasiado serio.

Después de algunas preguntas sobre diferentes temas en los que tenía interés de conocer mi opinión y saber por qué lo había escogido a él – me dijo finalmente con una gran amabilidad – *“cuente conmigo para lo que necesite, no lo volverán a derrotar”*. Tuvo mucha razón, yo fui Campeón Estatal de Oratoria en 1969. El presidente del jurado fue el distinguido Lic. Antonio Lomelí Garduño, que presidía la Academia de Oratoria del Estado y con quien muchos años después me uniría una grata amistad. Pocos años antes de morir me obsequió varios libros, dos muy valiosos que aun conservo en mi Biblioteca: *“Las vidas paralelas de Plutarco”*, traducidas de su original griego por D. Antonio Razn Romanillos, Consejero de Estado y miembro de la Academia Española de la Historia (esta publicación contiene información sobre Demóstenes y Cicerón, – Demetrio y Antonio Dion y Bruto, – Artajerges y Arato, - Galba y Oton, - Cronología, - Índice de las cosas más notables. París, 1847. Y *“Documentos Inéditos ó muy Raros para la Historia de México”*, publicados por Genaro García y Carlos Pereyra, 1906.

El Lic. Luis I. Rodríguez era un hombre de una gran estatura, bien vestido y elegante, con un rostro como si estuviera tallado en piedra, pero a la vez, muy bondadoso. Antes de visitarlo, yo había leído sobre su vida y comprobé un dato que me dejó gratamente sorprendido y que siempre me ha impresionado en la vida, la memoria extraordinaria que tienen algunas personas para recordar hasta los últimos detalles sobre múltiples acontecimientos.

Don Luis Ignacio Rodríguez Taboada (Luis I. Rodríguez) Nació en Silao, Guanajuato, el 21 de octubre de 1905 y murió en la ciudad de México el 28 de agosto de 1973. Profesor, abogado, político y diplomático. Fue Diputado por el Estado de Guanajuato en 1930. Gobernador interino de Baja California Sur en 1932. Secretario Privado del presidente Lázaro Cárdenas en 1935. Gobernador del Estado de Guanajuato (1937-1938). Embajador en Francia 1939-1942, en Chile, en Canadá y en Guatemala; senador del estado de Guanajuato y también embajador de México en Venezuela. Autor de: Veinte discursos, (1935); Ballet de sangre, (1942) y Lumbre brava de mi pueblo. Otras de sus obras son: "Francia", "La del espolón quebrado", y "Refugiados sin refugio".

Me despedí de él, efusivamente, y quedamos de vernos al día siguiente, a la misma hora, es decir a las cuatro de la tarde, después de su siesta.

Me recibió como el día anterior, amable, gentil, pero más afectuoso. Empezó a hablarme de la casa. Me decía que *"al morir el segundo conde de Valenciana Francisco Doroteo de Obregón y de la Barrera, sin descendencia, la hija mayor de Antonio de Obregón y Alcocer, Primer Conde de Valenciana, doña Ignacia Obregón es a quien le correspondió el título de tercera Condesa de Valenciana. Ella había nacido en Guanajuato en 1771 como hija primogénita de los primeros Condes y se casó en la misma ciudad hacia 1793, con Diego Rul"*.

"Este palacio colonial del Conde de Casa Rul fue propiedad del coronel malagueño Diego Rul, uno de los más audaces ricos y nobles plateros de la ciudad y dueño de la mina más grande de país, La Valenciana, descubierta por Antonio de Obregón y Alcocer, quien en 1780 fue el primer conde de Valenciana

"Enriquecido gracias a su esposa Ignacia, hermana mayor del fallecido conde de la Valenciana, joven y sin descendencia, Diego Rul, un aventurero caza fortunas perpetuo la memoria de su hermosa y sufrida mujer, el callejón posterior a la casa, se denomina "Callejón de la Condesa" porque por una puerta pequeña salía la condesa a la calle, por la vergüenza de las aventuras amorosas de su marido conocidas en la sociedad".

Me decía que *"la casa fue construida por el célebre arquitecto, pintor y grabador celayense Francisco Eduardo Tresguerras, catalogada hasta nuestros días como una obra maestra y majestuosa, ejemplo de belleza de la arquitectura neoclásica mexicana, todo el edificio –como puede usted apreciar joven Azuela - es de cantera color rosa"*.

En el verano de 1803, la residencia albergó entre agosto y septiembre al Barón Alejandro Von Humbolt, quien se hospedó en esta casona junto al famoso botánico y médico francés Aimé Bonpland, quien subrayó que dicha casa "podría servir de adorno en las mejores calles de París y de Nápoles". Es una joya arquitectónica".

Después de esta larga explicación, me pidió que pasáramos a hacer algunos ejercicios de dicción y me puso a leer algunos escritos. Constantemente me hablaba de la importancia de la retórica, decía que *"era el arte y técnica de hablar y escribir con eficacia y corrección para lograr convencer al público o lector, provocar en él un sentimiento determinado o deleitarlo"*. Así como de la importancia de la elocuencia, decía que era *"la capacidad de expresarse en público de forma fluida, elegante y persuasiva. Es una manera de expresar emociones de tal forma que produce convicción o persuasión en el oyente, mediante la lengua hablada o escrita, de una forma llamativa y apropiada"*. Me ponía varios ejemplos de importantes oradores mexicanos como José Muñoz Cota, Adolfo López Mateos (Presidente de México de 1958 a 1964), Alejandro Gómez Arias, Carlos Alberto Madrazo, este último que moriría en un accidente aéreo el 4 de junio de 1969 en la ciudad de Monterrey, Nuevo León.

Insistía en la importancia de la expresión corporal que *"un orador debía mantener ante el público, actitud recta, gesto adusto, mímica y movimiento de las manos"*. En ese mismo momento, me hizo un señalamiento de suma importancia, me dijo que *"al mismo tiempo que mirara al público no*

descuidara también de ver en el transcurso de la pronunciación del discurso al jurado". Me dio varios ejercicios para practicar y me dijo que al día siguiente no podríamos vernos porque tenía algunas visitas.

Llegó el día de la tercera visita y después de conocer mis avances en oratoria, me pidió que me sentara y empezó a hablarme de su experiencia en Francia cuando fue embajador. De cómo llevó a cabo en aquellas tierras y en tiempos riesgosos una serie de actividades tendientes a la protección de miles de refugiados españoles por instrucciones del presidente Lázaro Cárdenas (1895-1970). Presidente de la República (1934-1940).

"México era solidario hacia la República Española en guerra, desde 1938 hasta 1942 y después de la derrota, medio millón de refugiados que se establecieron en tierras francesas en los últimos meses de 1938. En agosto de 1939 habían llegado a tierras mexicanas seis mil, pero se suspendieron las gestiones por el riesgo de la Segunda Guerra Mundial que hacía inseguro el transporte. También recibían una educación española en colegios creados ex profeso para ellos, como fue el caso del Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón. El Instituto había empezado a funcionar a finales de 1939 en el pueblo de Texcoco, cerca del Distrito Federal, gracias a la iniciativa de los maestros españoles José Albert y Gerardo Paños".

"Fue hasta mediados de 1940, en el mes de agosto, que el gobierno mexicano reiniciara con gran impulso las gestiones necesarias y urgentes tendientes a rescatar a los sufridos y desamparados republicanos españoles atrapados en Francia".

El Licenciado Luis I. Rodríguez recordaba y expresaba con orgullo el contenido, aprendido de memoria, con las instrucciones que recibió el 23 de junio de 1940 del presidente Cárdenas: Mensaje recibido en Biarritz el 1 de julio de 1940.

"Con carácter urgente manifieste usted al gobierno francés que México está dispuesto a recoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia [...] Si el gobierno francés acepta en principio nuestra idea, expresará usted que, desde el momento de su aceptación, todos los refugiados españoles quedarán bajo la protección del pabellón mexicano. Asimismo, de aceptar el gobierno francés, sugiera usted la forma práctica para realizar estos propósitos en la inteligencia de que en atención a las circunstancias nos dirigimos a los gobiernos alemán e italiano comunicándoles nuestro deseo. Conteste urgentemente. Presidente Cárdenas"

Me contó también su encuentro en Montauban el 2 de julio de 1940, con Manuel Azaña, expresidente de la República Española, en sus últimos días:

"Al verlo sentí una terrible impresión. Parecía una sombra. Sus carnes se habían consumido hasta lo increíble, tenía la palidez del cadáver y sus ojos profundamente hundidos acusaban la huella del dolor y el martirio. Sin cuidar fórmulas inútiles nos abrazamos como viejos amigos [...] Nos miramos largamente sin que ninguno se atreviera a quebrantar el silencio. Sólo llorando pudimos haber comentado el infortunio que reinaba en todas partes.

No abandoné ya al ilustre republicano sino hasta el momento en que fue sepultado en tierras francesas, cubierto su féretro por la bandera mexicana".

"Seguí ofreciendo toda mi protección y afecto a la viuda de Azada, señora Rivas Cheriff, a pesar de que había sido ella, quien, en un acto poco prudente, hizo imposible lo que con tantos esfuerzos y sigilo yo había organizado, sacar a Azaña de Montauban a fin de ofrecerle mayor seguridad. La señora Azaña los había delatado, involuntariamente, al enviar al prefecto de la ciudad unas flores y una nota de agradecimiento y despedida".

Los documentos a los que yo tuve acceso y que reunió el embajador Rodríguez, son de gran valor para el conocimiento de la historia del exilio español: *“Entre los hombres y mujeres justos tampoco podemos olvidar, por ejemplo, a Natalio Botana, periodista bonaerense que donó de su propia hacienda 50.000 dólares a los 150 refugiados del “Massilia” y convenció a Roberto Ortiz, presidente de Argentina, para que autorizara a los refugiados a desembarcar y a permanecer en el país de forma legal. Inolvidable fue también la obra solidaria y altruista del ya mencionado poeta Pablo Neruda y de la diplomática Delia del Carril, quien como enviados del Gobierno chileno y de su presidente Pedro Aguirre Cerda, se expusieron en Francia a graves problemas con el gobierno y autoridades en su labor de organización de los 2000 refugiados españoles que acabaron embarcando felizmente en el carguero propiedad de la France Navigation “Winnipeg”, el conocido como “barco de la esperanza” con destino a Arica, Valparaiso y Santiago de Chile. Una expresión de esta ayuda fue la acogida de 463 niños españoles que llegaron a nuestro país en el vapor Mexique el 7 de junio de 1937. En el puerto de Veracruz les esperaban una multitud entusiasta. Al día siguiente fueron a la capital donde les recibió el presidente Cárdenas, después los trasladaron a Morelia, en el estado de Michoacán, siendo alojados en unos antiguos seminarios rehabilitados que recibirían el nombre de Escuela Industrial España-México. Los niños vivían en régimen de internado y recibían un tipo de educación «socialista y laica». El apoyo oficial que la Escuela tuvo con el presidente Cárdenas empezó a disminuir cuando Manuel Ávila Camacho asumió, en diciembre de 1940, la presidencia de la nación. La Escuela funcionó hasta finales de 1943”.*

Después de muchos días de conversaciones y ejercicios de oratoria con el Lic. Luis I. Rodríguez, él regresó a la ciudad de México y yo esperé con mucha paciencia su próximo arribo a la ciudad de Guanajuato, mientras tanto ya estaba listo para participar en el Concurso de Oratoria de 1969, mismo que gané después de un gran esfuerzo. Aparte de recibir los tres mil pesos de premio que en el mismo teatro entregue, en las manos de mi Madre, ante la ovación de los estudiantes presentes, varios días después me llamaron del Palacio de Gobierno, para decirme que había sido nombrado Jefe de Asuntos Cívicos y Culturales de la Secretaría de Asuntos Educativos y Culturales del Estado. Era Secretario Eugenio Ramírez Osante.

Para mí fue sumamente difícil asumir esta responsabilidad pública porque no tenía experiencia para atender asuntos oficiales y, además, estaban mis estudios de por medio. Lo que hice fue estudiar todos los archivos que encontré para entender de qué se trataba todo lo relacionado con ese Departamento y esto me sirvió bastante. Entre las funciones principales estaba coordinar con el gobierno del Estado algunas actividades como la ceremonia mensual de renovación del fuego simbólico de la Independencia Nacional en la Alhóndiga de Granaditas. Por primera vez en mi vida, tuve un despacho oficial, con la bandera de México en una esquina y una ventana que daba al Pípila.

El ex-presidente Adolfo López Mateos, ya muy enfermo, falleció el 22 de septiembre de 1969 y una gran pena invadía a México recordando su trayectoria y, especialmente, el hecho de que fue este presidente el que abrió los horizontes internacionales a nuestro país.

Me volví a encontrar con el Lic. Luis I. Rodríguez, en su casa, en 1971. Lo vi escribir en un libro de pasta negra titulado *Veinte discursos*, del que era autor, publicado en 1935. La dedicatoria que me hizo la he conservado toda mi vida. Dice:

*“EXORDIO DE LUIS I. RODRÍGUEZ
COMENDADOR DE LA LEGIÓN DE HONOR*

*En el galope de los años, que lejos me siento de
aquéllas gloriosas épocas que sacudieron mi generación.*

Como un pájaro de fuego cruza ahora los vientos

*Francisco Azuela, poeta distinguido, que haciendo honor
a su linaje, rebrilla por cierto con auténtico signo, en
la lumbrera de las estrellas.- Muy cordialmente. MCMLXXI"*

Independientemente del uso político que se le diera, "la oratoria era enaltecida como la sublimación de la poesía", según definición del poeta salvadoreño Juan Corro.

Años después mantuve amistad con su hijo Luis Dantón Rodríguez Jaime, uno de los más brillantes parlamentarios que ha dado la historia de Guanajuato. Cuatro veces diputado de Guanajuato en la Cámara de Diputados federal y embajador de México en la India, además de que representó a México en múltiples ocasiones en parlamentos y congresos internacionales.



Francisco Azuela en el centro y a la derecha el Dip. Luis Dantón Rodríguez